

porque no se casó para ser mala. Pero ya ves qué lindo motivo tiene esa señora para ejercitar la paciencia con su criada. Yo por mí, te aseguro que he de hacer cuanto pueda por manejarme toda mi vida con honor, por tal de que mis criadas cuando las tenga, no se suban sobre mí, por el mal ejemplo que les dé.

Pomposita se avergonzó con la prudente reprimenda de su prima, y no teniendo que decirle, varió conversacion, y á poco rato se despidió de ella y de su tia.

CAPITULO VI

En el que continúa la historia de Irene.

Que cierto es que los hombres miserables y siempre dependientes de los altos decretos, apenas podemos disponer con seguridad del instante presente, pues los futuros ya no dependen absolutamente de nuestro arbitrio! Es muy poco avisado, á mi entender, el hombre que con una loca arrogancia dice: Mañana haré esto, emprenderé tal cosa, sin añadir estas palabras: *Si Dios quiere*, porque es necesario contar con esa soberana voluntad para todas nuestras operaciones.

Cuando Welster hablaba con mi tutor acerca de poner á Irene en el convento, ¡qué ageno estaba de que á esa misma hora la estaban sacando de su casa! Así fué.

El á la tarde volvió á la del coronel; acompañado del señor Labin, y lleno de cólera le dijo: ¿Qué le parece á usted, señor coronel? ¿no hemos quedado bien lucidos? cuando estuve acá esta mañana fué el picaro de D. Lucas á casa, y con la mayor tropelia se sacó á Irene, auxiliado de cuatro soldados y un cabo, y por mas que Carlota se opuso, no fué posible resistir á la fuerza. Lo que mas siento es que ni conozco á ese padre infame, ni sé donde vive, pues si así fuera, ¡juro á Dios que habia de saber quién era Jacobo Welster!

Envaine usted, señor Carranza, le decia con mucha gracia el señor Labin, envaine usted y no se precipite. ¿Qué le importa á usted que sea un grosero el tal D. Lucas? en eso él se agravia y no á usted. Si hubiera ido á casa de usted y en su presencia él solo hubiera sacado á Irene, entonces habria hecho mal; pero á lo menos se acreditaria de osado, y habria manifestado que no tenia ni atencion ni miedo; pero ir con cinco soldados y cuando tú no estabas en casa, prueba que temió, y este temor te debe servir de gran satisfaccion.

El coronel y Doña Matilde apoyaron el discurso del señor Labin, y se sosegó Welster un poco. Mudaron conversacion y entre otras cosas, preguntó Labin al coronel si habia de ir al teatro á la noche, porque le aseguraban que la comedia era muy buena.

Pudenciana se empeñó para que su papá la llevara al coliseo: este se informó de la comedia que representaban y habiendo sabido que era la *Misanthropía*, le dijo: Si, te llevaré, porque puntualmente es una pieza dramática que deben ver las mugeres. Su moralidad consiste en manifestar al alma los remordimientos, aflicciones y sustos que sufre una muger noble, cuando ha tenido la desgracia de ser infiel á un marido honrado y amoroso. A esta comedia te llevaré de buena gana, y á otras como ella. Por ejemplo, á la que se titula *el Amor filial*, á la *Andrómaca*, al *Hombre agradecido*, á la *Reconciliacion*, á otra que se titula: *Si la muger es prudente, domina y vence al marido*, y á otras como estas; pero no te llevaré á aquellas que á mas de oponerse al buen gusto del dia, corrompen las costumbres abiertamente, enseñando á las mugeres, especialmente á las jóvenes incautas, cosas que jamas debian saber, como, por ejemplo, los artificios y enredos que muchas damas de comedia usan para burlar la vigilancia de los padres y maridos cuando tratan de complacer á sus amantes.

Tales lecciones las aprenden las muchachas muy bien en las comedias tituladas: *Casa de dos puertas no es muy fácil de guardar*: *De fuera vendrá quien de tu casate echará*: *Guardar una muger, no puede ser*, y otras así, que fuera muy útil que no se representaran jamas en nuestros teatros.

Aun aquellas comedias que no dañan sino al buen gusto, debian desterrarse por insípidas, inverosímiles y fantásticas. Ya ustedes conocerán que hablo de las comedias mágicas, que vulgarmente llaman los empresarios, *de pueblo*. Esto es, aquellas que todo su asunto consiste en hechos maravillosos y que están fuera del orden natural, increíbles, y que inducen á la supersticion. Sean ejemplos: *El Mágico de Cervan*, *Juana la Rabicortona*, *el Mágico de Salerno*, *la Fuente de la Judía* y otras muchas. Estas comedias, si no se van á ver para gustar de la destreza de los mozos que sirven las tramoyas, ó de la habilidad del autor de las perspectivas, no tienen otro mérito por que verse. En ellas no se halla asunto digno, ilacion regular, genio poético, ilusion, reglas cómicas, moral ni gracia alguna que ilustre el entendimiento, ni mueva la voluntad á acciones nobles y virtuosas. Todas son fruslerías, estravagancias, desaliños, trampantojos, y para decirlo de una vez, ridiculeces y títeres, mas propios para divertir muchachos que para hacer perder el tiempo á muchas gentes que parecen juiciosas é instruidas.

Es verdad que contra esto me responderian los empresarios ó asentistas, que ellos tratan de sacar con ventajas el dinero que han invertido en la *em-presa*: que tienen una larga esperiencia por sí y por sus antecesores de que esta clase de comedias agra-

dan al público, y con ellas se llena el coliseo, aunque sean ocho noches continuas, como se ha visto, y que segun esto, es preciso sacar la utilidad de estas comedias, y tener esperanza en ellas mejor que en las *de asunto*, pues á la comedia *del Diluvio*, que es un diluvio de disparates, van mas gentes que á la de la *Misantropia*. Esto paueba, dirán, que semejantes comedias son mas gratas al vulgo que las que se presentan arregladas al arte, y entonces alegarán con Lope de Vega, que *puesto que el vulgo las paga, es justo hablarle en necio para darle gusto*.

Pero D. Tomás de Iriarte ya dió por tierra con esta especiosa disculpa cuando dijo: *Que al pueblo si le dan paja, come paja; pero en dándole grano, come grano*, Trátese en el teatro de pintar las pasiones con viveza: de enseñar el modo de moderarlas: de divertir con provecho á los espectadores: de corregir y de mover rectamente el corazon, y se verá que el pueblo concurre á ellas con mas ánsia que á la de títeres.

Eso pienso que es difícil, decia Matilde: ¿no ves cómo se atropella la gente en las comedias de *Sanson*, del *Bruto de Babilonia* y otras semejantes, especialmente las mugeres, de modo que en muchas de ellas se quedan los hombres sin cazuela porque aquellas no caben? Conque ¿cómo habian de dejar de verlas, ni cómo las habian de posponer á la *Misantro-*

pia, ni á ninguna de esas otras que se llaman de capa y espada ó de argumento?

¿Sabes cómo, hija? conque se desterraran del teatro las comedias de títeres, y las que pueden corromper las costumbres. El pueblo siempre anhela por diversiones en las ciudades populosas, y asiste á las que hay, sean las que fueren. Luego si solo se proporcionasen diversiones útiles, asistiria á ellas lo mismo que á las frívolas, y poco á poco iria perdiendo la afición al mal gusto: porque hemos de estar en que la gente idiota siempre es amiga de la novedad, y como perciba algo de maravilloso en lo que ve, aunque la engañen con patrañas. Un trozo moral del *Otelo*, un retazo critico *del Café*, no vale tanto para el necio, como ver volar una ninfa ó salir un sin fin de diablillos de una caja. Eso es muy material, provoca la risa, y no necesita mas que ojos para comprender su primor. Esta es la causa porque tienen semejantes comediones mas espectadores y aplausos; pero quítensele al pueblo estos objetos materiales y ridículos, acostúmbresele á que juzgue de las comedias con la razon y no con los ojos, y á poco tiempo de esta rutina yo pongo mi cabeza á que silba una comedia de maravillas.

Pero oye, decia Doña Matilde: tú has dicho que la gente idiota es amiga de novedades y prodigios, y yo veo que á la Genoveva van rarchisimas personas

decentes. ¡Vaya! ¡si se llenan las bancas y los palcos, lo mismo que la cazuela y el mosquete! ¿Qué diré yo, sino que á las gentes decentes les agradan las tramoyas, los vuelos y las ficciones, lo mismo que á las gentes vulgares?

En verdad que tu observacion es urgente, decia el coronel, y á no admitir una pura escepcion, probaria que tan vulgar es aqui la gente distinguida como la plebeya, pues toda concurre con igual ánsia á esos despilfarrados espectáculos; pero no es así, pues aunque van á tales comedias muchas gentes de buen nacimiento y buena ropa, esto no prueba que no sean vulgares, y tanto como el último mosquetero. El nacimiento, la ropa, y aun los destinos no dan una migaja de ilustracion al que no la tiene, y de consiguiente el que piensa como el vulgo, y el que se divierte como el vulgo, es vulgar, aunque se vista ó se llame como quiera. De que se deduce que habiendo en todo el mundo vulgo rico, y vulgo pobre, vulgo decente y trapiento, no se debe estrañar que á estos comediones de pueblo concurra el vulgo de buena ropa con el de capa raída. Esto es claro.

Pero así como de un exterior lucido no se puede inferir un entendimiento ilustrado, así tampoco debes presumir que porque veas las bancas llenas de capas y levitas en tales comedias, van á verlas las personas de fino gusto. Por lo regular estas no van

en esas noches, si ya no es por concurrir con algun amigo, ó por lo que se dice pasar el rato.

Todo eso está muy bueno, dijo Welster; pero dejando la reforma de los teatros para los que tengan el talento y la autoridad necesaria para introducirla, yo quisiera que me dijera usted, señor coronel, si será licito ó no el frecuentarlos.

Esa pregunta se la debe hacer cada uno á su director espiritual, contestó el coronel, y seguir ciegamente su dictámen para asegurar su conciencia. Yo, hablando como padre de familia, soy de opinion que de ninguna manera puede ser licita la frecuencia á los teatros: porque representándose en ellos dramas buenos y malos, es moralmente imposible que dejen de corromperse los espíritus en alguno de los segundos.

A mas de esto, todos saben que los cristianos debemos obrar de tal manera, que podamos ofrecer á Dios nuestras acciones y hacerlas meritorias á sus ojos; ¿y quién será el hombre ó muger arreglada que pueda decir al Señor: *Dios mio, voy todas las noches á la comedia por amor tuyo?*

Pero no tratanto ahora de una verdadera perfeccion, á la que todos debemos aspirar, sino solo de saber si será pecado ó no ir al teatro, soy de opinion que el frecuentarlo no podrá menos que serlo, si quiera por el peligro á que casi con evidencia se es-

pone el que lo frecuenta; pero no tengo por culpa ir al teatro tal cual vez, con las debidas precauciones y á cierta clase de comedias, en que mi familia á mas de divertirse honestamente, puede sacar algun fruto moral: y siendo la de esta noche una de las mejores piezas de mi gusto, ustedes despues que tomemos chocolate, nos honrarán con su compañía.

Antes yo quiero, dijo Welster, recibir esa honra de usted y de las señoritas, porque he tomado un palco, y deseara que acompañaran á Carlota. Será como usted lo dispusiere, dijo el coronel. A poco llevaron chocolate, dulce y agua; y luego que refrescamos, nos fuimos á casa de Jacobo, y de allí al coliseo con la señorita Carlota.

Muy divertida estuvo Pudenciana en la comedia, aunque de cuando en cuando se incomodaba mucho con el murmullo de la gente que no dejaba oír lo que le estaba gustando, y decia: ¿Has visto papá, qué imprudencia y qué falta de política la de esos habladores? si quieren platicar, ¿por qué no se irán, á una visita ó á un villar, y no venirse aquí á incomodar á todo el mundo? ¡Bien haya la política de los ingleses, en cuyos teatros, segun me dices, luego que se levanta el telon, ya nadie habla sino en voz baja! Yo la observaba con cuidado, y advertia que cuando le dejaban oír bien, á cada escena mudaba de sem-

blante, pero en la conclusion del drama no pudo contener el llanto.

Despues que volvimos á casa, le preguntó el coronel, ¿qué le habia parecido la comedia? Ella dijo: muy buena, papá; pero qué lástima me dió Eulalia á lo último. ¡Qué triste, qué arrepentida y avergonzada se presentó á su esposo! ¡qué perdones le pidió tan sinceros! ¡con qué humildad se reconoció culpada! ¡y qué confusion no le causó la memoria de sus pasados extravios! ¡Pobrecita! yo no pude menos que llorar, al ver la seriedad con que la trató su esposo Carlos, que no hubiera sido para ella tan cruel la misma muerte: porque no era una seriedad dura ni natural, era una seriedad tierna y forzada de un marido amante y ofendido, en cuyo corazon batallaban á un tiempo el amor y la honra.

Así es, prosiguió el coronel: Carlos conocia la virtud de su esposa, la amaba; pero no podia sufrir sobre sí el juicio de los hombres, decidido contra él aunque con preocupacion. Habia perdonado á Eulalia: él mismo prevendria las disculpas para el perdon: advertia que fué seducida incautamente: estaba satisfecho de su amor y su arrepentimiento: quisiera estrecharla entre sus brazos; pero su honor ultrajado, su mal correspondido amor con la infidelidad de su esposa, se ponian en medio de los dos y no los dejaban estrecharse. ¡Qué situacion tan triste para

un corazón noble, sensible y enamorado como el de Eulalia!

A mí me compadeció demasiado, decía Pudenciana; pero mas lástima me daba Carlos. Este padecía sin motivo, habiendo sido un buen marido. Eulalia padecía, pero con razón. Ella pagaba con humillaciones vergonzosas la facilidad con que se dejó engañar por un ingrato corruptor. Sin embargo, una muger en este caso sería digna de toda compasión, ¡Ay! ¡Dios me libre, papá, de verme jamás en la infelice situación de Eulalia!

Este era el fruto que yo quería sacar de la comedia, dijo el coronel: á tí te ha compadecido Eulalia, pero conoces que ella tuvo la culpa de las infelicidades que sufrió: advirtió que había perdido la confianza de un buen marido, hombre de bien, y que la había amado tiernamente; reflexionó en todas las desgracias que había echado sobre sí y sobre sus hijos, y agitada por el incesante grito de su conciencia, arrepentida de su delito, no pudo en la ocasión hacer mas, sino implorar el perdón de su esposo en medio del dolor y la vergüenza.

Si hubiera logrado algunos días las constantes caricias de su infame seductor, tal vez hubiera lisonjeado su delito y entretenido sus remordimientos. No tan pronto hubiera estrañado á su marido ni conocido toda la malicia de su crimen; pero lejos de

disfrutar este plácido sueño por algun tiempo considerable, apenas el seductor satisfizo su pasión, cuando huyó de ella, dejándola en brazos de la miseria, de la desesperación y de la infamia.

¡Qué bella lección es esta, hija mía, para hacerte concebir un justo horror contra el adulterio! Jamas olvides la comedia si Dios te destinare para casada, ni pienses que este pasaje se queda en una ficción del poeta, ni que es el único en su especie: muchos han acaecido y acaecen todos los días por este estilo. Si fuera lícito esponer sobre el teatro las debilidades de muchas casadas infieles á sus maridos, la vil correspondencia de sus seductores, la agitación de sus espíritus, el detrimento de su honor, y los amargos días que tienen que sufrir con sus esposos, aun cuando estos han tenido la generosidad de perdonarlas, se verían las escenas mas tristes y funestas.

Escúchame, hija mía, con atención. Así como las niñas doncellas honradas tratan de conservar su virginidad, así las jóvenes casadas deben conservar á toda costa, la fidelidad conyugal, si piensan con honor. Perdida esta virtud en la casada, no encuentra en ninguna otra con que resarcirla á los ojos de su marido. La hermosura, la riqueza, la discreción, el mugerío y las habilidades de que es susceptible el secso femenino, son nada en la muger que una vez le

ha faltado á la fidelidad. El, si conoce las leyes del honor, por bueno que sea, verá con desprecio cuantas circunstancias tenga su muger recomendables, cada vez que se acuerde que le faltó á la fé que le prometió guardar al pié de los altares.

El adulterio es un crimen horrible, y mucho mas cometido por parte de la muger. Todas las naciones aun algun tanto civilizadas, han aborrecido el adulterio, y mucho mas á las adúlteras. Las leyes penales que han establecido contra ellas las naciones, nos confirman en esta verdad. Casi todas son de esclavitud ó muerte, y las nuestras mandan sea entregada la adúltera á disposicion del marido; pero la religion tiene modificada esta ley, y así, habiendo queja de parte, la justicia las castiga con reclusiones temporales ó perpetuas.

¿Y no me dirás, papá, á qué sentencian las leyes al marido en igual caso de adulterio? preguntaba Pudenciana. Y su padre le contestó: segun son las circunstancias, son los castigos; mas por lo regular despues de procurar la separacion del concubinato, si la muger propia solicita divorcio, se le concede, por ser este uno de los casos de la ley. Dios dice en los Proverbios, que el hombre que á sabiendas vive con una muger adúltera, es no solo necio, sino impío; pero al marido se obliga á que ministre los alimen-

tos á su muger y á sus hijos. Esta es la pena que las leyes imponen á los hombres.

Pues entonces, ¿por qué es tanta crueldad con las mugeres? decia Pudenciana: ¿no es en ese caso tan delincuente la muger como el hombre? ¿no es igual el pecado? ¿pues por qué á la muger se castiga con tanto rigor y al hombre con tanta suavidad?—Porque no es igual el delito como piensas: es mas criminal la muger que el hombre.—¿Y en qué está esa mayor criminalidad?—En que el hombre solo agravia á la muger, pero esta no solo agravia sino que infama al marido y perjudica la prole.—No lo entiendo.—Pues yo te lo explicaré mas claro, para que toda tu vida mires con horror el adulterio.

Al contraer el santo sacramento del matrimonio, se prometen el hombre y la muger una fidelidad mutua mientras vivan, y esta obligacion á que los dos recíprocamente se sujetan es tan estrecha, que siempre que uno y otro falta á ella, cometen un gravísimo pecado. Oye lo que acerca de esto dice Dios en los Proverbios por boca de Salomon: *Horrorizate del adulterio, pues el hurto, que no siempre es pecado grave cuando lo origina la miseria y la grave necesidad del hombre oprimido de la hambre, puede ser compensado por un precio septuplicado; mas el que comete un adulterio, nada puede dar en reparacion del daño que ha causado. Cúbrese el delincuente de verguenza é ignominia, cuya mancha nin-*

guna cosa puede borrar. Pierde tambien su alma sin remedio: y el esposo ultrajado tarde ó temprano tomará venganza de su agravio.

Tal es la malicia del adulterio, pecado gravísimo ante los ojos de Dios, y que pierde las almas de los adúlteros, sean hombres ó mugeres: y como que el marido y la muger se juraron una fidelidad inviolable, como te dije, se sigue que siempre que uno de los dos falte á esta prometida fidelidad, ofende y agravia notablemente á su consorte; pero el agravio de la muger, es mayor, porque infama al marido y perjudica á la prole.

Ya has advertido y podrás advertir en el discurso de tu edad que cuando una muger tiene un marido adúltero, lejos de ser infamada, es compadecida de cuantos la conocen. *¡Pobrecita de Fulana! dicen, ¡qué mala vida pasa con su marido, despues que este se halla mal entretedido con Sutana!*

No se habla ni se juzga así del hombre que tiene á su lado una muger adúltera, aun cuando él ni dé lugar á ello ni lo sepa. Por lo comun este infeliz vive siempre entre unas ausencias cáusticas, que suelen ser peores si llega á hacerse público el crimen de la pérdida muger.

Pero ¡qué grave responsabilidad tendrá esta por el perjuicio que acarrea á la prole? ¡Perjuicio enorme y cuyas resultas pueden ser irreparables!

Si una muger de estas lleva á su casa un hijo, fruto de su adulterio, ¿no conoces que aquel hijo extraño va á quitarles el pan de la boca á los propios del marido? ¿qué será si hereda alguna parte de los hijos? y ¿qué, si hereda, casi el todo, como puede ser, si hay en la familia algun mayorazgo vinculado? En estos casos el hijo adulterino usurpa sin saberlo los bienes, el título y los vínculos á los dueños legítimos del caudal. El los poseerá de buena fé; pero la responsabilidad caerá sobre la madre. Considera; ¡cuánta será la turbacion, el remordimiento y la congoja de esta, especialmente en la hora de su muerte, hora de desengaños, hora terrible, y en que debe conocer toda la gravedad y reato de su culpa!

Sin duda, papá, decia Pudenciana, que ese lance debe ser muy duro y muy pesado. Dios libre á todas de experimentar esos remordimientos. Por mí le aseguro á usted que primero deseo mi muerte que verme en semejante caso, si es que Dios me tiene destinada para el matrimonio: y ahora conozco que con razon las leyes son mas rigurosas con las mugeres que con los hombres, porque estas agravian é injurian al marido y perjudican á la prole. Ojalá que todas las mugeres casadas entendieran bien estas cosas, quizá así no se prostituirian tan fácilmente.

Yo me alegro que pienses de ese modo, dijo el co-

ronel, y apreciaré que siempre cultives esos tan cristianos y honrados sentimientos.—

Ello es cierto, papá, que las mugeres deben ser buenas para ser buenas casadas. Ya he comprendido lo que me has enseñado acerca de las obligaciones que tienen, de ser amables, honradas, fieles á sus maridos, cuidadosas de sus hijos, y económicas con su casa y familia; pero, ¿qué conque la muger sea buena, si el hombre es malo? En este caso, por mas que haga, todo andará sin orden y la muger en un martirio de por vida.

De todo esto saco que es menester mucha discrecion para elegir estado, y mucho mas para elegir marido, con quien se ha de vivir hasta la muerte. Yo quisiera que pues me has enseñado á consultarte todo con confianza, me dieras unas reglas para conocer á los hombres, por si estuviere de Dios que sea casada. Estas reglas me servirán de mucho y quizá de su observancia penderá la felicidad de mi suerte.

El mismo interés que te dicta la pregunta tengo yo para darte la respuesta, dijo el coronel; pero no es fácil satisfacerte como quisiera, porque no lo es el señalar unas reglas seguras para el caso.

Muchos autores han tratado de prescribirlas, y aun no faltó quien escribiese un libro con el título de *Arte de conocer á los hombres*, título á la verdad que

promete mucho, pero que no se puede desempeñar por mas que se trabaje.

Si los hombres fuesen sencillos, si no se disfrazaran tan seguido, no fuera tan difícil conocerlos; pero tienen sus fases ó aspectos como la luna, y las varian á cada instante, segun y como les conviene, y he aquí en lo que estriba la gran dificultad de conocerlos.

Si tú vieras á un caballero en la antesala de un grande, con el sombrero en la mano, puesto en pié, con un semblante muy halagüeño, y doblándose á fuerza de cortesias con mas flexibilidad que el arbolillo tierno agitado de los violentos huracanes, dirias sin duda, que aquel hombre era muy atento, bien criado, afable y humilde; pero si lo vieses despues que consiguió el empleo que solicitaba, si lo vieses, digo, en su casa, lo advertirias orgulloso, soberbio, grosero, déspota é insufrible con sus subalternos é inferiores, y entonces confesarías que fué tu primer concepto equivocado. A pocas reflexiones que hagas sobre los hombres á este modo, verás que tienen distintas máscaras con que disfrazarse, y que por lo mismo es harto dificultoso el conocer á fondo su verdadero carácter. Solo un trato frecuente con ellos es el mas seguro termómetro para discernir sus legitimos temperamentos.

No obstante, te daré algunas reglas generales pa-

ra que las observes, asegurándote que si no las olvidas, podrán ser muy conducentes á tu bien; pero será mañana, porque ya es tarde, y tu madre está durmiéndose en la silla. Con esto se levantaron, se fueron á recoger, y el día siguiente, á la hora de almorzar entró una criada de Doña Eufrosina, dando un recado ridículo como suelen usarse entre tales gentes: ¡ya se ve, que así se los darán en muchas partes! ¡Ave María Santísima! decía la moza: muy buenos días dé Dios á sus mercedes. Que dice mi ama que ¿cómo está su mercé? que ¿cómo le va á su mercé? que ¿cómo pasó la noche? que ¿cómo está la señorita y la niña? y que por allá está muy apesadumbrada la niña Pomposita: que aquí tiene su mercé este papel, y que á la tarde enviará el coche para acá, y que no dejen de ir sus mercedes. Diciendo esto, entregó el papel á D. Rodrigo, y este, presente ya su esposa, que acababa de entrar de la recámara, leyó de esta manera:

Muy señor nuestro: La desgraciada Pamela falleció ayer á las seis de la mañana, y deseosa toda esta casa de manifestar el aprecio que le mereció cuando vivía, suplicamos á usted y á su familia se sirva asistir esta noche á las exequias que se le harán en la sala, en la que dirá la oración fúnebre el bachiller que será algún día D. Leopoldo Arconas, cuyo favor perpetuarán en la memoria para su reconocimiento sus seguras servidoras q. b. s. m.—Eufrosi-

na Contreras de Langaruto.—Pomposa Langaruto y Contreras.—Carlota Gomez de Welster;—María Anselma Rubio.

Está muy bien, dijo el coronel: di que iremos allá esta tarde. Fuese la criada y Doña Matilde decía: está bien gracioso el tal convite. Otros he visto yo mas ridiculos y con letras de molde, contestó el coronel: lo que me hace mas fuerza es la bella disposición de tu hermana para gastar el dinero en bobearias. ¡Vea usted qué cosas! Porque se murió una perrilla, armará esta noche una *frasca* de baile y merendata, cuyos costos no le bajarán de treinta ó cuarenta pesos. ¡Eh! ¡quiera Dios que no haga falta mañana ese dinero! Lo que yo siento es que nos comprometen á desvelarnos y á pasar la plaza de gorriones; pero, ¿cómo ha de ser! es preciso contemporizar á veces con los prójimos, porque si no, dicen que es uno insocial é intratable.

Sí, papá, decía Puderciana: yo deseo ir, no por bailar ni por comer, sino por oír la *Oración fúnebre en las honras de Pamela*. Ello, ya me hago cargo que será una sarta de disparates; pero pasaremos el rato, y nos reiremos un poco. . . . ; mas ahora que me acuerdo, papá: ¿qué, no me sigues diciendo lo de anoche?—No se me ha olvidado; pero será en otra ocasión, porque ahora tengo que hacer.

En efecto, acabaron de almorzar: el coronel salió

para la calle, yo me despedí tambien, hasta el medio dia que nos juntamos á comer, y despues de esto y de haber reposado un rato, se vistieron Doña Matilde y su niña, y se previnieron para esperar el coche de la hermana que llegó cerca de las oraciones de la noche, con mucho gusto de Pudenciana, que no veia la hora de ir á la casa de su tia para aumentar el lucimiento á las honras de Pamela, de las que se tratará en el capítulo que sigue.

CAPITULO VII.

En que se da razon de las famosas ecequias con que honraron la muerte de Pamela, Doña Eufrosina y la niña Quijotita.

INMEDIATAMENTE que llegamos á la casa mortuoria, nos sorprendimos con el aparato que encontramos: pues á mas de que la sala estaba completamente iluminada y llena de gente lucida, en medio de ella estaba colocada una muy curiosa pira.

En el primer cuerpo [1] que servia de zócalo ó ban-

[1] El año 99 del siglo pasado concurría el Dr. D. José María Guridi y Alcocer, las veces que se lo permitia su curato de Acajete, en la casa de un canónigo muy aficionado á cosas curiosas, entre las que tenia algunos autómatas de algun mérito. Concurrían tambien otro cura y un padre carmelita, [lo que es necesario saber para que se entiendan algunos pasages de la descripcion de la pira y de la oracion fúnebre] y con el motivo de la muerte de una perrita, que era el ídolo de las señoras, formó casi corriente cálamó, este juguelillo satírico.—E.

co, se grabaron dos inscripciones y dos sonetos, que espresaban el sentimiento debido á la enfermedad y muerte de Pamela.

En el lienzo ó costado principal se leia la siguiente inscripcion latina.

PAMELÆ
 NOBILISSIMÆ. CANI
 ONTIME. STIRPITIS. ATAVIS. PROGENITÆ
 ANGELOPOLI. NATÆ
 OPPIDO. ACAXATENSI EDUCATÆ
 PRÆCLARIS. FACTIS. MEXICI. CORUSCANTI
 INIBIQUE. OMNIUM. LACRIMIS
 IMMATURA. MORTE. PEREMPTÆ
 SECULO. XVIII. SPIRANTE
 SUA. DOMUS
 MAXIMO. MÆRORE. CONJECTA
 MUNIFICENTISSIMUM. HOCCE. MAUSOLEUM
 IN. AMORIS. MONUMENTUM. PERENNE
 EREXIT.

En la frente opuesta se grabó la misma inscripcion vertida al castellano, para que la entendieran todos: pues aunque en este idioma no se han usado jamas, pareció que en obsequio de una perra se debía dar principio á una moda tan importante. [1]

[1] Despues de la inscripcion castellana de esta pira, la primera que vió México fué la que en la puerta del teatro grabaron los cómicos el año de 1812 con motivo de la jura de